



GUILLERMO SACCOMANNO

77



BIBLIOTECA
SACCOMANNO

book*ai*

Guillermo Saccomanno

77

El local estaba en una galería subterránea del centro. La inscripción en letras doradas sobre la vidriera pintada de negro decía:

DOKTOR JOSEPH LUTZ
MENTALISTA

La energía celeste y blanca está muy baja, me dijo apenas entré. Casi sin darse vuelta, lo dijo, como si yo hubiera estado siempre ahí:

Tan baja, siguió, la energía se torna negativa.

Lutz estaba revolviendo en un armario petiso, hurgaba en un cajón, entre compases, lupas, brújulas y otros instrumentos. Finalmente encontró un péndulo, lo levantó y lo hizo oscilar. Entonces, mientras lo sostenía, se dignó a mirarme:

Tiene el astral por el piso, me dijo.

Lutz era un cetáceo albino, con jeta de nene. Alto, barrigón, cabía apenas en su estudio, ese tugurio estrecho en el subsuelo de una galería de la calle Esmeralda, en el que entraban una mesita tapizada con cuerina negra, dos sillas enfrentadas y, rodeándolo, estanterías repletas de libros y pilas de revistas especializadas en esoterismo. Desde tratados sobre Hermes Trimegisto hasta las obras de Villiers de L'Isle Adam pasando por Eliphas Levi, una sola mirada a los autores y los títulos de las obras bastaba para advertir que lo de Lutz era el estudio de los *Grandes Misterios*. Lutz repetía obsesionado eso de los *Grandes Misterios*, su objeto de investigación.

Al estar en un sótano, cada tanto las paredes del local temblaban con el subte. Las pilas de revistas se tambaleaban y había un desmoronamiento. Pero también, cuando Lutz se levantaba para buscar un libraco de cálculos astrales, una enciclopedia de profecías, un tratado sobre exorcismos, su propio movimiento contagiaba al lugar un temblor parecido al del subte. Lutz se movía inclinándose más hacia la derecha que hacia la izquierda y este desajuste provenía de una renquera que intentaba disimular. Un chumbazo en la gamba, en el 58, contaba. Pero también sufría de gota. Una enfermedad jode más que una herida de guerra, decía. Tenía unos ojos translúcidos, como de ciego. Me acuerdo que había algo en su mirada, la mirada de alguien que ha visto lo que no debe. Aunque también, pensándolo ahora, yo podía estar exagerando: siempre fui sugestionable.

Lutz citaba con frecuencia a Swedenborg y a Blake. De entrada, prefería que lo considerasen vidente antes que mentalista, como anunciaba la vitrina de su local. El vidente explora más allá del mundo de los sentidos, me aclaró una de esas tardes en que se me daba por consultarlo. Si en la vidriera Lutz había impreso mentalista era para diferenciarse de todos los que abusaban del término vidente. En esta categoría ingresaba una variadísima fauna en la que figuraban curanderas barriales, horoscoperas, tarotistas y numerólogos que vaticinaban el resultado de la quiniela. Lo suyo, la videncia, era profundo. Ninguna chantada, Gómez, me dijo Lutz. Psicología profunda era lo suyo. Porque la había estudiado un tiempo largo antes de renunciar al pensamiento jungiano y abocarse al estudio de los grandes misterios. Más de una vez Lutz me corrió con sus planteos etéreos, haciendo trastabillar mi marxismo a la criolla y un ingenio freudiano al uso nostro con el que yo me había pertrechado para explicar muchas veces lo inexplicable. Pero, en el fondo, mi pensamiento mágico permanecía intacto, siempre alerta, dispuesto a

emerger de su siesta y hacerme víctima de una credulidad supersticiosa. Lutz me había calado desde el vamos y no iba a rebajarse a comentar el mal de ojo, el empacho y la culebrilla, creencias que podían tener lo suyo, pero más que supersticiones de pobres representaban aquello que la gilada podía comprender de los grandes misterios. Lutz no ponía en duda que una estampita y una medalla religiosa podían ser más efectivas para los espíritus simples que cualquier interpretación psicológica, pero no estaba dispuesto a condescender con la vulgaridad:

Yo no estoy para atender la sección sentimental de una revista femenina, Gómez, dijo Lutz experimentando con el péndulo. Sepa comprender. La carne siempre es indigesta. Y no vine a esta coyuntura planetaria para andar arreglándoles los desvaríos vaginales a las sirvientas y secretarias. Que se vayan a desatar los nudos a la capilla del barrio. Lo mío es estudio serio, Gómez. Para iniciados. Lo psíquico presenta abismos insondables.

La mirada de Lutz se licuó en un gris bilioso:

Está jodido usted, dijo.

El péndulo se había aquietado. Y Lutz me miraba fijo. Cuando Lutz lo miraba a uno parecía que no enfocaba directamente los ojos sino un punto más elevado, en la frente. El tercer ojo, pensé entonces. Apenas lo conocía, apenas terminaba yo de entrar en su negocito subterráneo, cuando ya empezaba a sentir su influencia hipnótica. Por más que rehusara dejarme sugestionar, en las condiciones en que yo había bajado a su local ya experimentaba un magnetismo. Basta que uno ande flojo de ánimo para que encuentre hombres notables a lo Gurdjieff a la vuelta de la esquina, pensé. Pero también cabía la posibilidad de que Lutz fuera uno de esos y yo anduviera tan despistado como para no tomarlo en serio.

Tiré hacia atrás la silla en que estaba sentado. Corregí:

Preocupado, más bien, dije.

Todos estamos jodidos, dijo. No es para menos con el drama que se desarrolla en esta región, suspiró Lutz. De acuerdo, lo joven contra lo viejo. Pero además el drama eterno de las fuerzas ocultas. Krumm Heller, más conocido como el Maestro Huiracocha, vaticinó lo que se venía. A usted puedo serle franco, Gómez. Porque intuyo en usted a un iniciado. Nadie se mete en los asuntos del misterio cósmico si no tiene avidez de conocimiento. El Saber, el Gran Saber. El verbo que debe hacerse carne. Los antiguos sí que la tenían clara. Disculpe si lo abrumo con mis conocimientos, pero cuando uno es un hijo de la verdad no tiene con quién conversar estas cuestiones del misterio. No es fácil identificar a quienes estamos en la cosa. No obstante la energía cósmica se ocupa de acercarnos y es así como usted entró a esta galería, bajó las escaleras, se detuvo frente a mi estudio y entonces, lo sé, al leer la inscripción en la vidriera debe haber sentido la radiación.

Se calló de pronto. Me radiografió con la mirada:

Siento la vibración, dijo. Usted tiene la muerte en el alma. No es para menos.

Ninguna magia en cómo fui a dar al sucucho de Lutz. Procuraré ir por partes.

Venía a los tumbos, cuesta abajo en la rodada. A los veinte creemos en la pasión, temblamos. Nos damos el lujo de sufrir por amor en la medida en que disponemos de un arsenal de espasmos. Una mínima zoncera sentimental nos exalta o nos hunde. Nuestro repertorio de emociones nos parece inagotable. Pero cuando menos lo esperamos, al pasar los cincuenta, el mecanismo operístico de la seducción se ha sulfatado y trastabillamos en una edad donde la pasión le cede a la indolencia. Entonces apelamos a recursos de variada índole para recobrar un sentimiento que se ha vuelto, en cada levante a primera vista, un entusiasmo de segunda mano. Sin embargo, yo no podía prescindir de ese vértigo y salía a buscarlo de noche cuando la ciudad se había vuelto tierra de nadie. Casi no había atentados. Con unos pocos pesos, salía a la calle y caminaba sin rumbo, perdiéndome. Yiraba por Santa Fe en busca de un consuelo rápido. Un guascazo y chau. Si no tenía suerte, siempre estaban las teteras en las terminales. Una importante estaba en la estación 3 de Febrero, cerca del hipódromo. La edad, el traje gris oscuro, los anteojos, algunas canas, los bigotes negros, confiaba, me volvían respetable. En más de una oportunidad me frenó una barrera de la policía o del ejército. No había noche en que un Falcon verde no se me pegara, marcándome. Los tipos me estudiaban y como no les rehuía la mirada seguían de largo. Me había acostumbrado a cruzarme con patrulleros, celulares, carriers, tanquetas. Un apagón en la zona in-

dicaba un operativo. A veces sobrevolaba un helicóptero. Otras veces, al cruzar una calle veía, a media cuadra, un despliegue de uniformes. De un edificio, de una casa, arrancaban una familia y la subían a los culatazos a un camión. La ciudad permanecía sorda a las sirenas, las órdenes, los gritos y el llanto de los chicos. Hubo noches en que los tiros y las explosiones me dejaron sordo. Una madrugada, al pasar por un baldío, vi cómo unos tipos bajaban de unas camionetas un grupo de pibas y pibes con los ojos vendados y los empujaban contra un paredón. Oí una persiana cerrarse de golpe. Me escondí. Acurrucado, esperé. Después, las detonaciones. Finalmente, el motor de la camioneta. Y el silencio. En la quietud, abandoné mi escondite y caminé hacia el potrero. Eran tan jóvenes.

A pesar del terror, por las noches yo le daba y le daba a mis caminatas de poseído. Todavía faltaba un tiempo para que, una madrugada, en la guardia de un hospital me diagnosticaran manía ambulatoria. Iba a gustarme el diagnóstico, esas dos palabras: manía ambulatoria. Pero faltaba aún para ese diagnóstico. Ahora era todavía abril y yo seguía caminando las noches y el fresco de la madrugada, hasta la primera claridad del día. Me parecía difícil, como digo, que a un ciudadano de apariencia respetable, lo cargaran en un Falcon verde. Más probable era que una barra de atorrantes me arrastrara a un potrero, a una obra, como me pasó una madrugada por el Dock Sur.

El vértigo recién aflojaba cuando el calambre me atacaba las piernas. Ahora ya podía volver a mi departamento, derribarme. Me bastaba con dormir un rato para estar de nuevo en actividad, dando clase. Aunque dormía cada vez menos, no sentía agotamiento. Pero empezaba a notar una ansiedad y una torpeza en mis gestos, y después una somnolencia de la que reaccionaba con una taquicardia imprevista, olvidos chicos, tropezones, todas señales a las que no les lle-

vé el apunte. Fue entonces, al cumplir cincuenta y seis, cuando viéndome venir el declive consulté, además, el inevitable *I Ching*. El oráculo me contestó: «El ocultamiento de la luz». El poder tenebroso lo dominaba todo. La claridad había sido vulnerada. Pero finalmente el mal, debido a su naturaleza estúpida, terminaría destruyéndose a sí mismo. Si bien este augurio tenía su cuota de optimismo, no era un gran consuelo. Como más de un desesperado, busqué consuelo en textos taoístas. Empecé a ir a la librería *Kier*, como si ese negocio fuera la antesala del Nirvana.

Bodhi tenía veintitantos. Era un muchacho más que flaco, espigado. En sus gestos se percibía una fragilidad sin afectación, lo delicado que era. A Bodhi lo conocí una tarde de marzo en esa librería. Bodhi se hacía llamar así por Bodhi Darma aunque cualquier loca, al escuchar su nombre, habría pensado en un body. El muchacho andaba detrás de *El círculo hermético*, la correspondencia entre Hesse y Jung. Un levante, una descarga, pensé, me ayudarían a sobrellevar la angustia. Pero el atractivo sensual fue desplazado por una cortesía recíproca. De usted me trató siempre. Me conmovió la espiritualidad que trasuntaba el pibe porque, pensémoslo así, él tenía poco más de veinte y yo, un veterano, cincuentón, consideraba sus argumentos místicos como ilusiones juveniles. Quién, en un bajón de hastío, no se pegó un empacho de orientalismo. Lo esotérico podía resultar una ilusión de exilio. Al respirar en el éter uno podía ignorar lo que le pasaba frente a la nariz.

Todo lo que usted quiera, me sonrió Bodhi con una dulzura de monaguillo. Nada es casual. Este encuentro no lo es.

Bodhi abrió el libro y me leyó:

«Nada sucede casualmente», dice Hesse. «Este es el círculo hermético».

El pibe me inspiraba un sentimiento que, debía admitirlo, no era el apetito carnal. En su credulidad había una pureza. Y la pureza no es algo que se consigue en el kiosco.

Puedo notarlo en su rostro, me dijo Bhodi. Está dañado.

La convicción con que el muchacho me lo dijo me desconcertó. Era la convicción de un puro, un santo que viene a revelar una verdad. La atracción física que yo había experimentado al conocerlo se había transformado en el descenso de un ángel. Es cierto que por un momento pensé que Bhodi era un poseído, uno de los tantos empachados con Lobsang Rampa, esos raquíuticos amarillentos que se agarran de una quimera orientalista para eludir la realidad. Por ahí, me dije, al muchacho le faltaban unos minutos para hacerse Hare Krishna.

Vos debés ser vegetariano, dije.

Lo soy, me contestó.

No pareció percatarse de mi ironía. Y si la pescó, la dejó pasar. Me consideraba con una suficiencia en la que no faltaba la lástima. Consiguió hacerme avergonzar de mi tono sobrador. De pronto el deseo se me había esfumado y lo que sentía por el pibe era envidia por sus convicciones, la seguridad en sus certezas de místico aconsejándome:

Cuando uno está dañado no encuentra paz, dijo. Uno atribuye el dolor a la incompreensión del prójimo, se encierra en sí mismo, se lamenta por la ausencia del amor. Uno se vuelve un alma en pena.

Perdoname, dije. Quizá te juzgué mal.

Perdonarlo por qué, dijo. No me ofendió. No, es usted el que se infringe el castigo. Quizá necesite tocar fondo. Recién cuando toque fondo buscará la luz.

Yo pensé que vos eras, dije. Pero no terminé la frase.

El círculo hermético, Gómez, me dijo. Creer o reventar. Y si no creo.

Si no cree es porque aún no se hundió en las tinieblas.

Como el nadador que se tira del trampolín: necesita tocar el fondo para después subir a la superficie. Entonces le será revelada la verdad.

Entramos a un bar de la calle Libertad. Pedí un café y una ginebra con hielo. Bhodi pidió una jarra de agua. Y esto me pareció un detalle que hablaba de su personalidad. Cautivado, me pregunté si el carácter virginal que sugería en cada mínimo gesto no sería síntoma de represión y bobada. Me había bastado un simple cruce de miradas en Kier para advertir que los dos nos gustábamos, pero ahora, mientras transcurrían la conversación y la tarde, empezaba a preguntarme si el muchacho era un histérico o un santo de verdad. Me bastó el primer trago de ginebra para que se me diera por cacharlo:

Decime, nene, pregunté, vos viviste toda tu vida en un frasco.

Mi padre era anarquista, arrancó Bhodi. Y mi madre espiritista. Nunca se llevaron bien. Para él, estar contra la patronal era no trabajar. Volvía siempre borracho a casa. Lo de casa es un decir: vivíamos en un conventillo por Barracas. Galgueábamos con lo que mi madre sacaba como enfermera en el Tornú. Dormíamos los tres en la misma pieza. La cama matrimonial, un ropero torcido, un par de sillas, un braserito y mi catre en un rincón. En las noches de invierno, cuando mi padre volvía borracho, la sacaba a mi madre de la cama, la pasaba al catre y me obligaba a acostarme con él. Así me inició en el vicio. Hace unos instantes usted pensaba que yo tal vez era virgen. No me pregunte cómo, pero supe que usted pensaba eso de mí. Cuando se han tenido experiencias psíquicas trascendentes uno adquiere una percepción finísima. Me acuerdo de la oscuridad de esas noches, el carbón al rojo en el braserito, el llanto de mi madre y las manos ásperas de mi padre por todas partes. Hasta que una noche mi madre se plantó. Lo estuvo esperando con una jeringa. Apenas mi padre entró a la pieza ella lo sorprendió por la espal-

da y le clavó la jeringa en el cuello. Debía tener una droga aplanadora la jeringa. Porque mi padre apenas tuvo tiempo de lanzar un alarido, darse vuelta puteando y salir al patio agarrándose la garganta. Cayó planchado. Después, la ambulancia. Lo llevaron a la Asistencia Pública. Como los inquilinos saltaron en defensa de mi madre, ella salió enseguida de la comisaría. Fue poco después cuando empezó a concurrir a reuniones espiritistas. Volvía renovada después de esas reuniones: tenía una sonrisa agradecida. Yo era muy chico cuando me llevó al Luna Park, al congreso de la Escuela Científica Basilio. Mi madre siempre decía que Perón era un ser divino. A él le debíamos el divorcio y la aceptación del espiritismo. Gracias a mi madre fui un iniciado en el Gran Saber. Perdón si hablo mucho. Tal vez lo aburro. Basta que alguien me muestre su faceta sensible para que yo me comunique. Del mismo modo que recién supe lo que usted pensaba de mí, sé que ahora está sinceramente conmovido.

Dos posibilidades, pensé: Bhodi necesitaba un psicoanalista o un confesor. Le pregunté por qué me contaba su historia, por qué a mí:

Aprendí que si uno quiere que alguien abra su corazón, antes es necesario que lo abra el propio enviado. Usted necesita abrir su corazón. Necesita ayuda.

Y vos, angelito, lo cargué, sos mi enviado.

A Bhodi ni lo rozaba mi sorna:

No soy yo el enviado, dijo. Es usted el elegido por el círculo.

No me digas.

El círculo se cierra, dijo él.

Atardecía. Las primeras sombras. Las primeras luces. Doblamos por la avenida Santa Fe. Desde este lado de la ciudad se estaba en otra parte: había negocios de moda, mujeres elegantes, hombres bien trajeados. Hasta los que se vestían de sport tenían un aire de estar caminando por los jardines de

Windsor. Acá los chicos siempre eran, además de rubios, herederos. Yo y mi resentimiento, me recriminé. Pero al acordarme de Evita pude sosegar el rencor. Si la violencia era la partera de la historia, reflexioné, Evita era la conchuda que había conseguido bajarle el copete a estos paquetes. Aunque se la habían cobrado los tilingos: «Viva el cáncer», habían pintado en las paredes cuando a ella se le enfermó el útero. Miré a Bhodi. De reojo, lo miré. Qué había hecho con su dolor, me pregunté. El borrego teosófico caminaba ensimismado. Su espiritualidad era el ritornelo de un chico que cantaba asustado en la oscuridad para tranquilizarse.

Caminábamos por la vereda de San Nicolás de Bari cuando dos Falcon verdes frenaron a unos metros. Los pesados bajaron a la atropellada, escopetas y pistolas en mano. El clac de las armas, los gritos. Algunos tenían el pelo largo y vincha. El que mandaba era un ropero morocho con unos anteojos negros. Pensé que venían por nosotros. Pero no. Se desplegaron bloqueándole el paso a dos mujeres. Dos mujeres, una que parecía la madre y la otra, la hija. Las dos retrocedieron hacia la iglesia, intentaron subir las escaleras, entrar al templo. No pudieron. Las atraparon antes. A los pesados les importaba más la chica que la madre.

Me acuerdo de la chica. Menudita, tenía el pelo corto, un tapadito azul. La agarraron entre cuatro y la golpearon con saña. Le metieron los dedos en la boca. Que escupiera la pastilla. La madre se zamarreaba gritando auxilio hasta que uno de los tipos le dio un culatazo con la Itaka en la nuca. La chica puteaba. A la madre la agarraron de los brazos, la encapucharon y la subieron a uno de los autos. A la chica la arrastraron escalinata abajo. Su cabeza sangró al golpear contra los peldaños. La agarraron de los tobillos y de las manos, también le pusieron una capucha y la metieron en el otro auto. Nadie intervino. Después, el taponazo de las puertas de los Falcon. Arrancaron con un chillido de cubiertas.

Nos alejamos callados. El silencio de Bhodi me enojaba más que el mío. En su ensimismamiento había un estar por encima de todo. Tendría una explicación hermética para lo que habíamos visto. Preferí no preguntarle, no escuchar lo que pensaba. Bhodi tenía la misma edad que la piba que habían secuestrado. Quizás era más tolerable su mutismo que la argumentación esotérica con que explicaría lo que terminaba de pasar.

Íbamos por Charcas. Por Charcas a la altura de Callao. Tuve ganas de sopapearlo. No aguantaba más a este lechuguino que con su mansedumbre revestía una sabihondez que me enervaba. Lo único que me faltaba, pensé. Que un pen-dejo me diera consejos sobre la vida. Esto me pasaba por no haber tenido la voluntad suficiente como para quedarme en mi departamento concentrado en mis papeles y en un diario en el que volcaba mis penas de solitario. Como si escribirlas fuera un alivio.

Usted sufre por el caos interior en que vivimos, dijo Bhodi. Y suspiró:

Cuando no pueda más, dijo, consulte a mi Maestro.

Bhodi me entregó una tarjeta:

Lutz, dijo. Es mi Maestro, mi Guía Espiritual.

Despidiéndose, Bhodi me tendió la mano, huesuda y fría. Volví a mirar la tarjeta y todavía la estaba mirando cuando Bhodi se esfumó en la noche. Doblé en Ayacucho. A la oscuridad nocturna había que sumarle la sombra de la arboleda. Esa calle era un túnel.